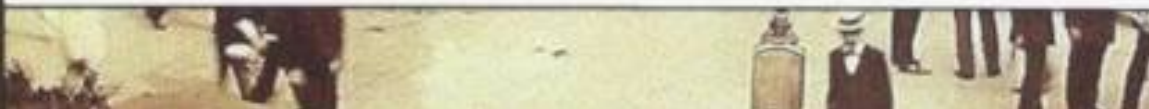


MACHADO DE ASSIS



Esaú y Jacob



Esaú y Jacob es la penúltima obra de Joaquín Machado de Assis. En ella la implacable pluma del autor, y en directa alusión al relato bíblico que da nombre al libro, nos presenta la historia de los hermanos gemelos Pedro y Paulo. Dos, cuyo destino de gloria fue anunciado por una adivina antes de nacer. Dos, en disputa desde que se encontraban en el vientre materno. Dos hombres enamorados de la misma mujer.

En esta obra, sin tapujos ni eufemismos, el autor nos revela las intrincadas relaciones de una familia del Río de Janeiro de los albores del siglo XX, en los días que siguieron a la caída del Imperio de Pedro II, enfrentando al lector a los más vitales cuestionamientos sobre el alma humana.

ADVERTENCIA

Cuando falleció el consejero Ayres halláronse en su escritorio siete cuadernos manuscritos, sólidamente encuadernados en cartón. Los seis primeros tenían su número de orden, en cifras romanas –I, II, III, IV, V, VI–, escritos con tinta roja. El séptimo llevaba el título: *Último*.

La causa de esta designación especial no se comprendió entonces, ni se ha comprendido después. Sí, era el último de los siete cuadernos, con la particularidad de que era también el más grueso; pero no formaba parte del *Memorial*, diario de recuerdos que desde muchos años escribía el consejero, y que constituía el asunto de los otros seis. No tenía el mismo orden de fechas, con la indicación de la hora y el minuto. Era una narración, y aunque en ella figurara el mismo Ayres, con su nombre y título de consejero, y como alusión algunas aventuras, no dejaba por eso de ser ajena al asunto de los seis cuadernos. ¿Último, por qué?

La hipótesis de que el deseo del difunto fuese imprimir dicho cuaderno a continuación de los otros, no es natural, salvo que quisiera obligar a la lectura de los seis en que trataba de él antes de que se conociese esta otra historia, escrita con un pensamiento interior y único a través de sus diversas páginas. En tal caso, hablaría la vanidad del hombre; pero la vanidad no figuraba entre sus defectos. Y aun cuando figurara, ¿valía la pena satisfacerla? Ayres no representó papel eminente en este mundo; recorrió la carrera diplomática, y luego se retiró. En los ocios del oficio es-

cribió el *Memorial* que, podado de las páginas muertas u obscuras, apenas bastaría (y quizá baste) para matar el tiempo en el viaje a Petrópolis.

Tal es el motivo de que sólo se publique la narración. En cuanto al título, recordáronse varios que podrían resumir el asunto: *Ab ovo*, por ejemplo, a pesar del latín. Pero triunfó la idea de darles estos dos nombres que el mismo Ayres citó una vez:

ESAÚ Y JACOB.

Dico, che quando l'anima mal nata...

DANTE

Capítulo I

¡COSAS FUTURAS!

Era la primera vez que ambas iban al cerro del Castillo. Comenzaron a subir por el lado de la calle del Carmen. Hay en Río Janeiro mucha gente que no ha ido nunca, mucha habrá muerto, mucha nacerá sin poner nunca los pies allí. No todos pueden decir que conocen una ciudad entera. Un viejo inglés que, sin embargo, era infatigable viajero, confesóme ha muchos años en Londres que de Londres sólo conocía bien su club, y que era cuanto necesitaba conocer de la metrópoli y del mundo.

Natividad y Perpetua conocían otros sitios fuera de Botafogo; pero por mucho que oyeran hablar de él y de la indiecita que allí reinaba en 1871, el cerro del Castillo era para ellas tan extraño y lejano como el club. Lo áspero, lo desigual, lo mal pavimentado de la cuesta, mortificaba los pies de las damas. No obstante, seguían subiendo, como por penitencia, despacito, con los ojos en el suelo y el velo echado a la cara. La mañana provocaba cierto movimiento: hombres, mujeres, niños que bajaban o subían, lavanderas y soldados, uno que otro empleado, uno que otro comerciante, uno que otro sacerdote, las miraban sorprendidos aunque vistieran con mucha sencillez: hay un donaire que no se pierde y que no era común en aquellas alturas. La misma lentitud del andar, comparada con la rapidez de los otras, hacía sospechar que iban allí por primera vez.

Una criolla dijo á un sargento:

—¡Ya verá cómo van a casa de la india!

Y ambos se detuvieron a cierta distancia, invadidos por el invencible deseo de conocer vidas ajenas, que constituye muchas veces toda la necesidad humana.

Las dos señoras buscaban, en efecto, disimuladamente, el número de la casa de la india. Por fin lo encontraron. La casa estaba, como las demás, trepada en el cerro. Subíase a ella por una escalerilla estrecha, sombría, adecuada a la aventura. Quisieron entrar de prisa; pero tropezaron con dos sujetos que salían, y tuvieron que pegarse al portal. Uno de ellos les preguntó familiarmente si iban a consultar a la adivina.

—Pierden el tiempo —agregó furioso—, y van a oír muchos disparates.

—¡Mentira! —corrigió el otro, riendo—. La india sabe perfectamente dónde tiene las narices.

Las damas vacilaron un tanto; pero luego calcularon que las palabras del primero eran segura señal de la clarividencia y la franqueza de la adivina: todos no pueden tener la misma suerte. La de los hijitos de Natividad podía ser desgraciada, y en ese caso... Mientras meditaban pasó un cartero, que las hizo subir más de prisa, para escapar a otras miradas. Tenían fe; pero también tenían vergüenza del qué dirán, como un devoto que se persignase a escondidas.

Un indio viejo, padre de la adivina, las condujo a la sala. Esta era sencilla, de paredes desnudas, sin nada que evocase misterio, ni infundiese pavor, adorno simbólico, animal disecado, esqueleto ni dibujo de miembros enfermos. Cuando mucho, una imagen de la Concepción pegada a la pared podía recordar un misterio, aunque estuviese mohosa y destrozada; pero no daba miedo. Sobre una silla, una guitarra.

—Mi hija viene en seguida —dijo el viejo—. ¿Cómo se llaman las señoras?

Natividad dio su primer nombre solamente –María–, como un velo aún más espeso que el de la cara, y recibió una tarjeta, porque ella sola consultaba el número 1012. No hay que asustarse de la cifra: la clientela era numerosa y partía de muchos meses atrás. Tampoco hay que hablar de la costumbre, que es vieja, viejísima. Vuelve a leer a Esquilo, amigo mío, vuelve a leer *Euménides*, y allí verás a la Pitia llamando a los que iban a consultarla:

–Si hay aquí Helenos, vengan, acérquense, como es uso, *en el orden determinado por la suerte...*

La suerte antiguamente, la numeración ahora; todo es que la verdad se ajuste a la prioridad, y que, nadie pierda su turno en la audiencia. Natividad guardó la tarjeta, y ambas se acercaron a la ventana.

A decir verdad, no dejaban de tener su poquito de miedo, Perpetua menos que Natividad. La aventura parecían audaz, y posible algún peligro. No describo sus ademanes: imagina que eran inquietos e incoherentes. Ninguna decía nada. Natividad confesó después que sentía un nudo en la garganta. Por suerte la adivina no tardó mucho; al cabo de tres o cuatro minutos el padre la introdujo de la mano, levantando la cortina del fondo.

–Entra, Bárbara.

Bárbara entró, mientras su padre tomaba la guitarra y se iba al corredor de piedra. Era una muchachita leve y breve, de saya bordada y chinelas en los pies. No podía negársele un cuerpo airoso. Los cabellos, atados en lo alto de la cabeza con un pedazo de cinta aceitosa, formábanle un solideo natural cuya borla suplía un ramito de ruda. Ya en esto hay algo de sacerdotisa. El misterio estaba en los ojos. Estos eran opacos, no siempre ni tanto que no fuesen también lúcidos y penetrantes, y en este último estado eran hermosos también; tan hermosos y tan penetrantes, que entraban por el cuerpo abajo, revolvían el corazón y salían otra vez, prontos para una nueva entrada y otro revoltijo. No te miento al decir que ambas señoras

sintieron cierta fascinación. Bárbara las interrogó; Natividad dijo a lo que iba, y le entregó los retratos y los cabellos de sus hijitos, cosa que bastaba, según le dijeran.

–Sí, basta –confirmó Bárbara–. ¿Son hijos suyos estos niños?

–Sí.

–Los dos tienen la misma cara.

–Son gemelos. Nacieron hace poco más de un año.

–Siéntense ustedes.

Natividad dijo muy quedo a su compañera que «la muchacha era simpática»; pero no tan quedo que ésta no pudiese oírla también, y aun puede ser que, temerosa de la predicción, lo hiciese de intento por obtener un buen destino para sus hijos. La indiecita fue a sentarse a una mesa redonda que se hallaba en el centro de la habitación, vuelta hacia ellas. Púsose delante los retratos y los cabellos. Miró alternativamente a éstos y a la madre, hizo algunas preguntas y luego se quedó contemplando retratos y cabellos con la boca abierta y las cejas juntas. Cuéstame decir que encendió un cigarro; pero lo digo porque es la verdad y porque el humo concuerda con el oficio. Afuera, el padre rozaba las cuerdas de la guitarra, murmurando una canción de los bosques del Norte:

*Niña de la saya blanca
que saltas los arroyuelos...*

Mientras iba subiendo el humo del cigarro, la cara de la adivina cambiaba de expresión, ya sombría, ya radiosa, ora interrogante, ora explicativa. Bárbara se inclinaba hacia los retratos, oprimía un rizo en cada mano, y los miraba, los olía, los escuchaba, sin la afectación que quizá halle en estas líneas. Esos ademanes no podrían contarse con naturalidad.

Natividad no le quitaba los ojos, como sí quisiera leer en su interior. Y no sin espanto oyóle preguntar si los ni-

ños habían luchado antes de nacer.

—¿Luchado?

—Luchado, sí, señora.

—¿Antes de nacer?

—Sí, señora. Pregunto si no lucharon en el vientre de la madre. ¿Recuerda usted?

Natividad, cuyo embarazo no fue tranquilo, contestó que, efectivamente, había sentido movimientos extraordinarios, repetidos, y dolores e insomnios... Pero ¿qué significaba aquello? ¿Por qué habían de luchar? La indiecilla no contestó. Levantóse poco después y anduvo alrededor de la mesa, lentamente, como una sonámbula con los ojos abiertos y fijos; después volvió a repetir sus miradas entre la madre y los retratos. Estaba más agitada y respiraba fuerte. Toda ella entera; cara y brazos, hombros y piernas, era poca para arrancar la palabra al Destino. Por fin se detuvo, sentóse desfallecida, luego se levantó de un salto y se acercó a las damas, tan radiosa, con los ojos tan vivos y cálidos, que la madre quedó pendiente de ellos, y sin poderse contener, le tomó las manos y le preguntó ansiosa:

—¡Diga, hable usted! ¡Estoy pronta a oírlo todo!

Bárbara, llena de sentimientos y sonrisas, lanzó un suspiro de satisfacción. Parece que la primera palabra le llegó hasta la boca, pero retrocedió al corazón, virgen de sus propios labios y de ajenos oídos. Natividad la suplicó que contestara, que se lo dijera todo, sin reticencias...

—¡Cosas futuras! —murmuró por último la indiecita.

—¿Pero cosas feas?

—¡Oh, no, no! ¡Cosas lindas, cosas futuras!

—Pero eso no basta; dígame lo demás. Esta señora es mi hermana, y muy discreta; pero si debe marcharse lo hará. Yo me quedo; dígamelo a mí sola... ¿Serán felices?

—Sí.

—¿Serán grandes?

—Serán grandes, ¡oh!, muy grandes Dios ha de darles muchas mercedes. Han de subir, subir, subir... Lucharon

en el vientre de la madre, ¿y eso qué tiene? Aquí, en el mundo, también se lucha. Sus hijos serán gloriosos; ¡yo sé lo que le digo! En cuanto a la clase de gloria... ¡cosas futuras!

La voz del indio viejo continuaba la canción del Norte:

*tira los cocos abajo
trepada en ese coquero.*

Y como la hija no tenía más que decir, ni sabía qué explicar, seguía con las caderas el ritmo del cantar que repetía el viejo:

*Niña de la saya blanca
que saltas los arroyuelos,
tira los cocos abajo
trepada en ese coquero.
Me los debes tirar,
mas sin trepar;
dándome en la cabeza
la partirás;
y he de reír,
me ha de gustar
verte el coco tirar.*

Capítulo II

MEJOR PARA BAJAR QUE PARA SUBIR

Todos los oráculos son oscuros, pero se entienden. Natividad acabó por entender a la indiesilla, aunque no le oyera nada más; bastóle saber que las colas futuras serían lindas, y sus hijos grandes y gloriosos, para ponerse alegre y sacar del bolsillo un billete de cincuenta mil reis. Era cinco veces el precio acostumbrado, y valía tanto o más que las ricas dádivas de Creso o la Pitia. Recogió los retratos y el cabello, y ambas salieron, mientras la adivina se marchaba adentro, a la espera de otros. Ya había algunos clientes a la puerta, con su número de orden, y las señoras bajaron rápidamente, ocultando el rostro.

Perpetua compartía el contento de su hermana; las piedras también, lo mismo que la muralla del lado del mar, las camisas colgadas en los balcones, las cáscaras de banana del suelo. Los zapatos de un *hermano de las ánimas* que iba a doblar la esquina de la calle Misericordia para tomar la de San José, parecían reír de alegría, cuando la verdad es que gemían de cansancio. Natividad estaba tan fuera de sí, que, al oírle pedir «¡para la misa de las ánimas!», sacó del bolsillo un billete de dos mil reis, nuevo en hoja, y se lo echó en el platillo. La hermana le observó el error; pero no era error: era para las ánimas del purgatorio.

Y siguieron rápidamente hacia el cupé que las aguardaba en el espacio que queda entre la iglesia de San José

y la Cámara de los Diputados. No habían querido que el carruaje las llevara hasta el pie de la cuesta, para que el cochero y el lacayo no sospechasen la consulta. Todo el mundo hablaba en ese tiempo de la adivina del Castillo; era el tema de la ciudad; se le atribuía un poder infinito, una serie de milagros, suertes, hallazgos, casamientos. Si las descubriesen estarían perdidas, aunque no fueran las únicas damas que fuesen allí. Al verlas dando limosna al hermano de las ánimas, el lacayo subió al pescante, el cochero arreó los caballos, el carruaje fue a buscarlas, y en seguida se encaminó a Botafogo.

Capítulo III

LA LIMOSNA DE LA FELICIDAD

—¡Dios se lo pague, mi devota señora! —exclamó el hermano de las ánimas al ver caer el billete sobre dos monedas de níquel y algunas antiguas de cobre—. ¡Dios le dé todas las felicidades del cielo y de la tierra, y que las benditas ánimas del purgatorio pidan a María Santísima que las recomiende a su bendito hijo!

Cuando la suerte ríe, toda la naturaleza ríe, y el corazón ríe como todo lo demás. Tal fue la explicación que, con otras palabras menos filosóficas, dio el hermano de las ánimas a los dos mil reis. La sospecha de que el billete fuese falso no llegó a tomar cuerpo en el cerebro de aquél; fue sólo una fugitiva alucinación. Comprendió que las señoras eran felices, y como acostumbraba a pensar en voz alta, dijo guiñando un ojo, mientras subían al carruaje:

—¡Esas dos han visto el pajarito verde, de seguro!

Sin rodeos, supuso que volvían de alguna aventura amorosa, y lo dedujo de tres hechos que estoy obligado a ensartar aquí para no dejar a este hombre bajo la sospecha de calumniador gratuito. El primero fue la alegría que revelaban; el segundo, el monto de la limosna, y el tercero, el carruaje que las aguardaba en un rincón, cual si quisieran ocultar al cochero el punto de cita. No saques en consecuencia que hubiera sido cochero alguna vez, y que anduviese conduciendo mozas antes de servir a las ánimas. Tampoco creas que fuese antes rico y adúltero, y de

mano abierta al decir adiós a sus amigos. Ni *cet excés d'honneur, ni cette indignité*. Era un pobre diablo, sin otro oficio que la devoción.

Además no hubiera tenido tiempo: contaba apenas veintisiete años.

Al pasar el carruaje saludó a las señoras. Después se quedó mirando el billete, tan fresco, tan valioso, billete que las ánimas nunca vieron salir de sus manos. Fue subiendo por la calle San José. Ya no tenía ganas de pedir; el billete se convertía en oro, y la idea de que fuese falso volvió a su cerebro, pero con más insistencia, hasta que se clavó en él por algunos instantes. Si fuese falso...

—¡Para la misa de las ánimas! —gimió a la puerta de un mercadito, y le dieron un vintén, un vintén sucio y triste, frente al billete, tan nuevecito que parecía salir de la imprenta.

Seguía una casa de altos. Entró, subió, pidió, diéronle dos vintenes, el doble de la otra moneda, por el valor y el cardenillo.

Y el billete siempre limpio: dos mil reis que parecían veinte mil. No, no era falso. En el zaguán lo tomó, lo miró bien: era legítimo. De pronto oyó abrir una puerta, arriba, y un paso rápido. Él, más rápido aún, estrujó el billete y se lo metió en la faltriquera de los pantalones; quedáronse solos los vintenes mohosos y tristes, el óbolo de la viuda. Salió, fue al primer escritorio, a la primera tienda, a la primera casa, pidiendo lastimosamente:

—¡Para la misa de las ánimas!

En la iglesia, al quitarse la sotana, después de entregar el platillo al sacristán, oyó una voz débil, cual de almas lejanas, que le preguntaba si los dos mil reis...

—Los dos mil reis —decía otra voz menos débil— eran naturalmente suyos, porque, en primer lugar, él también tenía alma, y en segundo lugar, nunca había recibido limosna tan grande. El que quiere dar tanto como eso, va a